

**ALONSO**  
**IBARROLA**  
**RELATOS**



---

**ALONSO**  
**IBARROLA**  
**RELATOS**

2

**ALONSO  
IBARROLA  
RELATOS**

**2**

© Alonso Ibarrola

Primera versión en formato libro electrónico: mayo de 2013

ISBN: 84-245-0672-3

Cubierta y realización: Tantamount

Edita: Tantamount

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, conocido o por conocer, comprendidas la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

# Contenido

---

[Prólogo de Cesare Zavattini](#)

[Buchenwald](#)

[Naufragio](#)

[El pecador](#)

[En el psiquiatra](#)

[El suicida](#)

[El anticristo](#)

[En la oficina](#)

[Declaración amorosa](#)

[El vendedor](#)

[El donante](#)

[Milagro](#)

[Aterrizaje forzoso](#)

[El fusilamiento](#)

[Un marido](#)

[En el desierto](#)

[El voto](#)

[Una carta](#)

[Llaman a la puerta](#)

[El hijo perdido](#)

[Ante el altar](#)

[Robinson](#)

[Salustiano](#)

[Estampa veneciana](#)

[En el "metro"](#)

[Una muerte](#)

[La aparición](#)

[Un extraño impulso](#)

[Un desembarco](#)

[Torturas](#)

[La silla eléctrica](#)

[En la playa](#)

[En el circo](#)

[Último párrafo de la carta de un fascista condenado a muerte](#)

[Éxtasis](#)

[Inquisición](#)

[La aventura](#)

[Un accidente](#)

[Carta de América](#)

[Crisis](#)

[Cáncer](#)

[El violador](#)

[Historia bastante atroz](#)

[Secuestro aéreo](#)

[El incinerado](#)

[Martirio y muerte de Nemorino](#)

[Una educación sentimental](#)

[El falso maestro](#)

[Ciudadano agresivo](#)

## Prólogo

---

He estado en España dos o tres veces. Es un país con el que congenio, donde tengo cinco o seis amigos queridísimos, lo mismo que en Milán o en Roma. Ni tan siquiera las corridas son capaces de hacerme sentir las diferencias que, sin embargo, existen. Nosotros podríamos ser ellos y ellos, nosotros. Como dos hermanos de una misma familia. Mezclo en mi profundo amor los pimientos a la gallega con Rafael Alberti, las miradas de las mujeres, que se disparan de un ojo sumiso y de otro libre, con García Lorca y esos versos tan bellos de Machado sobre los senderos del mar; todo lo mezclo, como por ejemplo una noche por las calles de Barcelona, en compañía de Ricardo Muñoz Suay y otros amigos, tratando de concebir un film como si la cámara pudiera alcanzar la velocidad del pensamiento. Nos movía la necesidad de actuar contra las reglas establecidas y de incorporar el objetivo, eliminando las mediaciones; tal era el ansia de expresarnos rápida y libremente, costase lo que costase. En tal estado de ánimo ni tan siquiera me percaté de que leía en español las narraciones del joven Alonso Ibarrola. Conozco muy mal su lengua; sin embargo, yo caminaba derecho como por una línea dialectal, porque en el dialecto se puede ser sintéticos, lagunosos hasta el máximo, porque algo misterioso, algo consanguíneo rellena los vacíos. Y aun cuando yo no entendiese, siempre había algo en lo que decía el humorista Alonso Ibarrola que me dejaba la impresión de haberle entendido. No sé cuánto vale según los parámetros críticos, literarios: Alonso Ibarrola ha alcanzado desde su primera manifestación literaria esa seriedad de fondo respecto a la vida que sólo puede expresarse a través de una risa que se mide a sí misma. Querer hacer reír a los demás es una postura solidaria, una alarma dada con generosidad, la confianza en la posibilidad de un coloquio, un diálogo, y de que el prójimo merece nuestra atención como nosotros merecemos la suya. Amén.

El humorista es uno de esos hombres que están siempre en el borde del equívoco; la risa de los demás puede embriagar y hacer perder el respeto que el hombre más debe al hombre. Evidentemente hablamos del humorismo que se basa en la convicción y no en el efecto, que alimenta la conciencia crítica sin proclamarlo, que nos ayuda a tomar conciencia de nuestra libertad, esa libertad que tantas veces olvidamos, que cuanto más contesta al hombre, más lo centra en su propia razón de vivir, en su dignidad. La insinuación, la alarma del humorista es una ventana fragorosamente abierta de par en par por el temporal. Pero a veces basta una hora para reintegrarnos en la fuerza de la costumbre y en el silencio frente a los abusos.

Alonso Ibarrola humorista (me repito), ama la vida en la medida en que intenta discutirla. La alegría de no ser ciego, que tan poéticamente refleja en una bellísima narración, es la alegría de vivir, un grito de agradecimiento a desconocidos, el júbilo de existir hasta las lágrimas; pero Alonso Ibarrola, en el modo de decirlo, en sus giros sintácticos, en el tono, en el estilo, en suma, que es una de las maquinaciones de la ironía, consigue advertir que en lo lírico, además de la belleza está también la verdad, alcanzable sólo a través de la lucha.

*CESARE ZAVATTINI*

*Roma, abril de 1971*

# **HISTORIAS PARA BURGUESES**

---

---

## SEGUNDO RETRATO DEL AUTOR

*«Escucha, la vida se nos va y no hemos tenido ocasión de abrir la boca. De niños era diferente. ¿Te acuerdas cuando cantábamos en el coro y el director, con ojos de odio, agudizaba el oído, intentando localizar al causante del desafinado? Una bofetada indicaba el fin de las investigaciones. Te confesaré que yo entonces abría la boca y no profería nota alguna por miedo. Ahora hago lo mismo.»*

# Buchenwald

---

Estaba sentado, creo más bien que acurrucado, junto a mis compañeros del barracón, cuando una voz recia exclamó:

—¡A la ducha!

—¿Con este frío?, objeté.

Pero nadie coreó mi tímida protesta.

“Yo no me ducho —me he repetido interiormente para darme confianza—. Me opondré con todas mis fuerzas”.

Mis compañeros se han colocado ya en fila.

—Ven aquí; no seas idiota: “¿Nos ducharán a todos juntos?” He sido toda mi vida muy vergonzoso. Ni en el servicio militar lograron quitarme mi pudor, cuando nos veíamos obligados a ponernos todos juntos en corro, y en cuclillas, formando un círculo. Recuerdo que nos pasábamos así horas y horas, y que alguno, de repente, cesaba de hablar... Yo no podía. Hasta que venía el sargento.

Mi mujer apagaba siempre la luz. Nunca me vio el rostro mi mujer en ese momento.

—Qué tímido eres, cariño —me decía sonriente.

Estos mismos pensamientos me asaltaron al verla muerta. Mi suegra musitaba una oración.

—¡Basta! —dije.

Mi suegra me miró con sus grandes ojos negros y prosiguió el rezo.

Me han dado una pastilla de jabón y una toalla. Son amables. “¿Y si me guardara la pastilla?”. La fila se ha detenido. Un oficial grita:

—¡Desnúdense! ¡Quítense todo lo que lleven encima!

Nos miramos los unos a los otros... Uno, por fin, se decide y comienza a desabotonarse. Resto indeciso; pero al ver a algunos de mis compañeros completamente desnudos, me animo a hacer lo propio. Me quedo solamente en camiseta. Trato de estirla para que me tape bien por abajo...

La fila pasa ante un oficial y deja en una mesa el hatillo de ropa, que luego va a parar a un confuso y desordenado montón. Mientras llega mi turno, pienso en lo difícil que va a resultar luego recuperar el hatillo de ropa correspondiente... Estoy ya ante el oficial.

—¡Tú! —barbota, pegándome en las nalgas con una vara—, ¡La camiseta!

Muerto de vergüenza, me desprendo de mi última prenda. El oficial me observa, sonriente y divertido de mi vergüenza. Yo no puedo más y emprendo veloz carrera hacia las duchas.

—Señor, Señor, acaba pronto con esta situación —musito.

# Naufragio

---

Veo... veo... un... El vigía intenta decir algo, pero le embarga la emoción, justificada en este caso porque jamás ha visto en su vida un iceberg de semejante tamaño. El choque es terrible y el trasatlántico cruje. En el gran salón de baile algunas parejas se intercambian excusas y prosiguen su danza. El capitán, informado de lo ocurrido, estalla en sollozos. ¿Por qué he de ser yo el último? —se repite constantemente—, ¿Por qué?. “Los hombres primero”, exclama un marinero egoísta. Algunos ancianos y mujeres con niños protestan airadamente. El director de orquesta busca voluntarios para interpretar un himno religioso apropiado con las circunstancias. “Los tenores a mi derecha”, exclama nervioso. En la piscina, un señor de la clase de “lujo” intenta aprender a nadar rápidamente, ayudado por el profesor de natación, que se lamenta del escaso sueldo que percibe. Minutos más tarde la mole del trasatlántico desaparece bajo las aguas, provocando un gran remolino. Unos cuantos botes salvavidas perdidos en la oscuridad se agitan entre las olas. Algunos náufragos tratan de asirse desesperadamente, en el límite de sus fuerzas, a los botes. Pero están ya repletos. Sus ocupantes les golpean con sus remos furiosamente en los nudillos, mientras musitan entre dientes... “Completo... le digo que está completo”. Los náufragos no pueden protestar porque cuando abren la boca tragan agua salada. Uno llegó a resistir treinta golpes de remo. Murió sin dedos.

## El pecador

---

Cruzaba la calle, cuando de repente un automóvil ha pasado ante mí a toda velocidad, rozando imperceptiblemente mi abrigo. Me he puesto pálido. “Ha podido matarme”, he musitado con voz muy queda. Miro en derredor. Nadie, nadie se ha percatado del peligro que he corrido. Pasa ante mí un hombrecillo. Lo detengo. “¡Por poco me mata!”. “¿Quién?”. Me mira como si estuviese loco. No insisto. Se aleja presuroso, volviéndose de vez en cuando para observarme. ¿Qué debo hacer para suscitar el interés del prójimo? ¿Acaso no es suficiente haber estado a punto de perecer? ¿Necesitan más? ¿Es preciso que me muera... total y definitivamente? Un remolino de gente curiosa. Un guardia que repite nerviosamente: “Circulen, circulen...”. Quizá yo esté oyéndolo todo... y sin poder moverme. ¿Será así la muerte? Una horrible duda me asalta... ¿Estoy o no estoy en pecado mortal? No lo recuerdo. El primer mandamiento, el segundo, el tercero... un sudor frío se ha apoderado de mi cuerpo. Acabo de recordar que estoy en pecado mortal. Afortunadamente, y por concesión papal, que figura en un cuadrito en la cabecera de mi cama, y que un pariente me trajo de Roma, basta con que diga “Jesús” y habré salvado mi alma. Más difícil hubiese sido recitar aquel largo acto de contricción... Pero ¿hubiese tenido tiempo, con aquel coche, de exclamar “Jesús”? Temo que no.

Vuelve a apoderarse de mí el sudor frío. Es preciso que me confiese ante un sacerdote. Comienzo cautelosamente a caminar, hacia una iglesia. Por fortuna, no es necesario cruzar ninguna calle. Pegado a las paredes, temiendo que una teja acabe con mi vida, me dirijo fatigosamente al confesionario...

## En el psiquiatra

---

Nací en un puerto de mar. “Tuu, tuu”, profundo y fuerte, hacían los barcos al entrar en el muelle. Mamá siempre se asomaba por la ventana y miraba a los barcos con ojos expectantes. Vivíamos los dos solitos, en aquella buhardilla. Pasaron muchos años, quince, veinte, no lo sé. Un día me decidí y le pregunté cariñosamente: “En alguno de esos barcos vendrá algún día papá, ¿verdad?”. “No, hijo, tú no tienes padre”, me aclaró... Prosiga, me dice el psiquiatra. Estoy tumbado en un sofá y miro hacia el techo. Quisiera que mi mirada se perdiera en el infinito, pero no consigo apartarla de un desconchado ¿provocado por la humedad?. “Buenos días, creo que se han dejado un grifo abierto en el cuarto de baño...”. Miro de soslayo al psiquiatra... ¿Será posible que él, psiquiatra, haya pronunciado las palabras “grifo-cuarto de baño”? “Prosiga, por favor”, me insiste en tono perentorio. Le odié desde aquel momento. Le odié como nadie es capaz de hacerlo. Acostado en mi lecho escuchaba sus sollozos, largos, interminables por la noche, a través del tabique que separaba nuestros lechos... Hubiesen bastado dos golpes, suaves, rítmicos, provocados con los nudillos de mi mano, tan familiares a ambos, y que muchas veces espantaron mi terror los días de tormenta... Una noche no pude más... “Pudo provocarlo quizá un niño, entró en el cuarto de baño y...”. “¿Qué pasó aquella noche?”. Su voz es monótona. Rebuscadamente monótona. ¿Será posible que no le interese en absoluto lo que pasó “aquella noche”? La maté. Me dan ganas de decirlo... Pero no es posible mentir. Debo ayudarle, contar la verdad, sólo la verdad. ¡Calla!, le dije, dando un puñetazo en el tabique, que retumbó en el silencio de la noche... “Prosiga”. Doctor, perdone, le digo incorporándome del sofá, ¿qué concepto se está forjando de mí?...

## El suicida

---

Ha sido un transeúnte bajo de estatura y con gafas quien se ha percatado de la situación. “¡Allí!”, dice indicando con su dedo índice la azotea de un alto edificio. El policía mira en la dirección indicada, al igual que otros transeúntes. Sí, efectivamente, hay un hombre asomado peligrosamente sobre un alero, en la azotea. La gente se arremolina en torno al edificio. El individuo parece decir algo, pero el tráfico impide entenderle. “Grite un poco, por favor”, exclama una anciana de pelo blanco y bolsito negro. “¡Me mataré, me tiraré!. Nadie me ayuda. Soy un desgraciado. Quiero morir. Así terminará todo...!”. El policía corre presuroso a una cabina telefónica callejera. Un transeúnte se aleja murmurando. “Todos dicen lo mismo y luego no se tiran”. Llega un coche de bomberos. El tráfico se paraliza. Cientos de curiosos se agolpan frente al edificio. Los bomberos colocan una lona circular en el lugar, más o menos supuesto, del posible aterrizaje. Acuden algunos fotógrafos de prensa con sus cámaras. El policía saluda marcialmente a su jefe, que ha llegado veloz en un coche. “Un sacerdote”, exclama con voz recia el jefe de policía. “¿No hay ningún sacerdote?”. Sudoroso y jadeante surge uno, abriéndose paso fatigosamente entre la multitud. “¡A la azotea!”, ordena perentorio el jefe de policía. El sacerdote le sigue. Allí está el suicida, peligrosamente sentado en el estrecho alero. Imposible acercarse a él. El jefe de policía, a través del megáfono, inquiere: “¿Dónde vive usted?”. El suicida, solícito, da su dirección, y el jefe de policía bisbisea algo al oído de un subordinado, mientras ordena al sacerdote: “¡Háblele usted!”. Monótonamente, el sacerdote le cuenta cosas maravillosas, pero el suicida no se inmuta. “Me tiraré cuando termine de contar hasta cien”. “Uno, dos...”. Al llegar a noventa y nueve aparece su mujer, acompañada de una niña pálida y delgada. “¿Por qué haces estas cosas, por qué?”, exclama llorosa la mujer, transportada rápidamente desde su domicilio en un coche de la policía. “La vida es maravillosa —afirma el sacerdote—. Le quieren, como verá... Y hay un

Dios que espera”. Una furtiva lágrima cruza la mejilla demacrada del presunto suicida. Fatigosamente se desliza por el alero hasta el grupo. Rápidamente, dos policías, como si temieran que de pronto se arrepintiera, le sujetan fuertemente por las muñecas. El jefe de policía, iracundo, le propina una sonora bofetada. “¡Te va a costar muy cara esta broma!”. Abajo, en la calle, la multitud se dispersa desilusionada.

## En la oficina

---

A mi amigo le engaña su mujer. Lo saben todos, pero ¿y él?. Le observo atentamente durante toda la jornada, mientras trabajamos. Ningún gesto le delata. Ninguna palabra. Sonríe como todos, como yo, cuando alguien cuenta un chiste que alude a su situación. Lo sabe, estoy seguro que lo sabe. Me falta el valor necesario para levantarme de mi mesa, o mejor, esperarle a la salida, una vez terminada la jornada y decirle, sencilla y llanamente: “Lo sé”... Es posible que llorase sobre mi hombro. Es factible que me abofetease. Bastaría añadir: “Lo sabemos todos...”. A veces un plural mal aplicado origina estas violencias. Se odian, se odiaban hacía ya muchos años, pero guardaban siempre las apariencias. Ningún grito estridente, ningún gesto amenazador. Un mordisco rabioso, silencioso, prolongado, aplicado a uno de los dedos de su mujer, por ejemplo, le bastaba para tranquilizarse. Ella no decía nada. Aguantaba, resistía, se mordía los labios. Alguna lágrima inoportuna se le deslizaba por la mejilla. “Basta, por Dios, basta”, balbucía algunas veces, muy quedo, para que no le oyese nadie. El quedaba satisfecho. Y todo, muchas veces, por una contestación inoportuna delante de un grupo de amigos. Luego la excusa ante las amigas del dedo aprisionado por un cajón imprudentemente cerrado. Ahora, cuando sepa lo del adulterio (le he escrito una carta anónima) me consta que la matará. Quedo, muy quedo. “Acaba pronto, por favor”, dirá ella, sumisa y obediente. Me parece estar viéndolos...

## El anticristo

---

El individuo, acercándose a la ventanilla, espetó: “Soy el anticristo”. Había en sus ojos unas diminutas llamas. Era el fuego de la ilusión, de la fe, del propio convencimiento. El funcionario, parapetado en su ventanilla, dejó por un momento de masticar su bocadillo, para decir: “¿Ha traído las pólizas?”. El efecto es siempre seguro. Porque nadie lleva jamás pólizas. Salga usted a la calle. Pregunte: “¿Tiene usted pólizas?”. Las respuestas más pintorescas aflorarán a los labios de los extrañados transeúntes: “Lo siento, no fumo”. “Ahora son las doce y cuarto”. O lo que es mucho peor: “Dios le ampare”. Desgraciadamente, nadie presta atención a nadie. El presunto anticristo ha abandonado la ventanilla. Comienza a caminar, y sobre sus huellas empiezan a crecer florecillas maravillosas, de todos los colores. Mañana, las mujeres de la limpieza comenzarán a murmurar y a quejarse del trabajo, cada día en aumento. El presunto se ha acercado ahora al conserje, que está sentado en una mesita con su campanillita. Tocándole con la mano en el hombro, ha comenzado a decirle: “Dígame, buen hombre...”. El conserje está ya curado. Él todavía no se ha percatado de nada, pero el reuma tan molesto ha desaparecido y también la úlcera. Pero el conserje, ciego, ha respondido de mala gana: “Hasta mañana no puedo hacer nada. Ha pasado la hora...”. “Media vida —solía decir el conserje a su mujer—, daría media vida porque me desapareciera esta maldita úlcera”. El anticristo se ha dirigido a la puerta de salida. Ha abierto la boca y unos maravillosos trinos, emitidos por miles de canarios, inundan el ambiente. Dibuja un arco en el aire con su mano derecha y un maravilloso arco iris surge de repente. Y, viendo que pasaba junto a él una señora de buen ver, ha exclamado con emoción: “Señora, tiene usted vida para rato”. Una sonora bofetada resuena al mismo tiempo que la palabra “grosero”... El anticristo, con la mano en la mejilla, todavía murmura: “Exactamente hasta el 13 de febrero de 1998. Le quedan por tanto...” Pero la señora, indignada, se aleja presurosa y no puede escucharle. Y

lo que es peor, tampoco ver, porque si volviera un poco su vista, si alzara un poco sus ojos, contemplaría un maravilloso enjambre de mariposas que revolotean a su lado sin cesar, en una armonía sin par de colores, a manera de poética escolta...

## Declaración amorosa

---

No soy uno de esos que jura amor eterno inconscientemente... ¿Cuánto dura el amor?. ¿Cincuenta años?. Quienes cumplen sus bodas de oro aparecen invariablemente en la prensa. “Son noticia”, como diría un periodista. Y luego están los accidentes imprevistos, el cáncer, el adulterio... ¿Es puro nuestro amor?. Sí, es puro. ¿Desinteresado?. No lo sé. ¿Me querrías lo mismo si arrastrara mi medio cuerpo sobre un carrito con ruedas metálicas?. Lo dudo. Sudas, me consta. Pero mi amor supera ese defecto tuyo. Recuerda que un día te dije: “Sudas, pero te quiero”. Esta es una manera de declararme, como cualquier otra, pero sin ese halo de poesía que deforma las cosas y las transforma en irreales, ridículas, estúpidas... Hay que vivir de realidades y saber afrontarlo todo, porque llegará un día en que desearemos romper nuestra correspondencia amorosa... Lo recuerdo un tanto difusamente. Mi madre, sentada en su butaquita de sobado respaldo y junto a ella, en una silla, mi padre. Con torpes movimientos rompían en minúsculos pedacitos unas cuartillas. Cartas de amor, de sus años juveniles. Las habían conservado durante muchos años y en aquellos momentos, sin saber en concreto por qué, las destrozaban, las hacían desaparecer. Conocía su contenido, las había leído a hurtadillas en mi juventud. Juramentos de amor, pasiones reprimidas; ilusiones convividas, bajezas perdonadas, promesas inconscientes de cara a una realidad terrible e imprevisible... Y con los años, de mutuo acuerdo, las rompían. Por pudor, por miedo, por vergüenza... La muerte —lo sabían— estaba a la vuelta de la esquina y convenía no dejar recuerdos del uno para el otro ni para los demás. La vida es más llevadera así... Es por lo que evito siempre las cartas. Aunque resulte más costoso, es preferible una llamada telefónica. Porque también un día moriremos nosotros. Si yo he de ser el último pienso ahora que no podré soportarlo, pero luego, con el tiempo, me consta que se termina pronunciando palabras de amor al oído de una prostituta. Me explico, ¿verdad?. Me mira fijamente a los ojos. Diría que

su mirada refleja miedo... Un largo silencio. Temo que me haya entendido mal o que no me haya explicado bien.

## El vendedor

---

El individuo, plantado ante la puerta de mi casa, pretende venderme un aparato de televisión. Como es natural, alega que es la última novedad, modelo único y sensacional. No he podido sustraerme a sus palabras. Le he dejado actuar por su cuenta. Ha instalado el aparato en el comedor, y mientras yo continúo leyendo tranquilamente, él ha procedido a la instalación de la antena. “Ya está —ha dicho con gesto triunfal—. ¿Qué quiere usted ver en la pantalla?”. “Pajaritos”, seguro que pronto me dejará en paz. Pájaros de múltiples colores, pájaros maravillosos, pájaros de mil diversas razas inundan con sus trinos la estancia. He dejado de leer el periódico. Es curioso. “A mi madre, quisiera ver a mi madre...”. Allá en la pantalla, la figura venerable de mi madre, con su pelo blanco, su collarcito de perlas falsas, su bata de motas negras. “¡Hijo!”, musita mirándome a través de la pantalla. “¡Mamá, mamá querida!”. Siento que mis ojos se humedecen y que la garganta se me agarrota. La imagen ha desaparecido lentamente. La pantalla deja ver ahora unas nubecitas con unos angelitos que tocan unas trompetas. Capto algún desafinamiento. ¡Hace tantos años que te fuiste, madre! ¿Veinte, veinticinco? Mis pensamientos los interrumpe la voz del individuo: “¿Qué? ¿Le interesa el aparato?”. Mientras le acompaño a la puerta de la calle, voy esbozando los argumentos: no tengo dinero ahora, la televisión me cansa la vista... Cuando de nuevo me encuentro sólo en la habitación, arrellanado en mi sillón, leyendo el periódico, no logro concentrarme en su lectura.

## El donante

---

El cadáver se halla sobre el lecho mortuario. La viuda, hacendosa hasta en el dolor, no descuida el más leve detalle. El aposento está limpio y ordenado, pero con un plumero prosigue su concienzuda búsqueda de polvo por todos los rincones, mientras musita unas oraciones. Otra señora, de luto riguroso, acurrucada en un rincón, observa sus afanes y musita asimismo unas oraciones. El féretro, colocado a los pies del difunto, aguarda... Se oye un timbrado. Las dos mujeres interrumpen sus oraciones y se miran interrogativamente: “¿Serán ellos?”. La viuda no responde y se dirige a la puerta, alisándose el cabello. Sí, son “ellos”. El momento es trágico, y la viuda comienza a llorar desconsoladamente, mientras indica con la mano dónde se encuentra su marido. El caballero, acompañado de una enfermera, se introduce en la cámara mortuoria. La viuda, abrazada a su amiga, aguarda fuera. “Era tan bueno, tan bueno..., pero no debería haber hecho esto”, musita. Pasa el tiempo y, por fin, el caballero y la enfermera aparecen. “¡Señora, la conducta de su marido es un ejemplo! La Humanidad necesita de hombres como él, porque la Humanidad necesita ojos. ¡Gracias, en nombre de los que no ven! Uno de ellos, gracias a su marido, verá...”. La viuda arrecia en sus sollozos. El caballero besa su mano y se dirige hacia la puerta, acompañado siempre de la enfermera. De nuevo a solas, las dos mujeres se dirigen a la cámara mortuoria, como si quisieran cerciorarse de que el muerto está allí... Sí, efectivamente, está allí, pero ahora tiene una venda sobre los ojos; mejor dicho, sobre las cuencas vacías... Los sollozos de la viuda se elevan de tono. La amiga la abraza... “¡Es un santo! ¡Es un santo!”, musita. De nuevo, el timbre de la puerta de la calle. Es el caballero: “Perdón, señora. Su marido usaba gafas, ¿verdad?”. La viuda asiente con la cabeza, con lágrimas en los ojos. “Si no le importa..., sería conveniente que me las entregara, porque el “otro” las necesitará, naturalmente...”

## Milagro

---

“¡Ayúdame, papá!”, me ha dicho mi hijo pequeño, con su lengua de trapo. Y me alarga sus cortos brazos para que le ayude a saltar al suelo desde la silla a la que se ha subido. Veinte centímetros escasos le separan del suelo y necesita mi ayuda. Un día, sin darme apenas cuenta, me dirá “nos vamos a casar”, “no creo en Dios” o me propinará una sonora bofetada que nos separará para siempre. Pero me consta que al morir, recordaré tan sólo los hechos felices y olvidaré que me pegó. ¿Me admiran mis hijos? Tengo dudas al respecto. Les hacía desaparecer mi dedo pulgar ante sus ojos asombrados. Su madre se hacía la muerta. Yo, con unos pases magnéticos de las manos y unas palabras mágicas lograba el “milagro”. Palmoteaban de alegría. El día que besé la mejilla fría de mi mujer y ellos me secundaron, decepcionados, ante los sollozos de las vecinas, todo cambió. Ahora puedo coger un fusil y hacer la revolución; escribir un bello libro; descubrir un remedio definitivo para el cáncer..., pero todo resultará inútil. Cuando colocaron la tapa del ataúd perdí mi última oportunidad.

## Aterrizaje forzoso

---

Sólo se percibe un tenue zumbido en el interior del avión. Algunos pasajeros dormitan. Otros leen. Pronto aterrizaremos. Minutos antes, los altavoces nos han ordenado abrocharnos los cinturones de seguridad. El avión pierde altura. Diviso una casa perdida en el campo. ¿Algún día conoceré a sus moradores? No lo creo. Demasiadas cosas estúpidas, banales y superfluas inundan mi existencia y me impedirán conocerlos personalmente. Si tuviera tiempo... “Buenas tardes — digo interrumpiendo su comida. Están todos sentados en torno a la mesa—, pasaba por aquí arriba y me he dicho...” Sus miradas muestran estupor, asombro. No, no sería lógico. Dejemos las cosas como están. Diviso muy próxima la pista de aterrizaje. De pronto el avión da una sacudida y remonta bruscamente el vuelo. Me siento inquieto. Una voz, la de la azafata, a través del altavoz, intenta tranquilizarnos. No ha sido nada. Algo en el tren de aterrizaje. Dentro de unos minutos lo intentaremos nuevamente. Tengo miedo. Es inútil que grite, o que chillé: ¡Quiero salir! Hay que esperar, quieto, silencioso, sin ver ni pensar en nada. ¿habrá llegado mi hora? Es imposible, no puede ser. Estas cosas se leen en los periódicos, les ocurren a los demás... Pero ¿a mí? Ridículo. El avión describe un amplio círculo sobre el aeropuerto. El cielo es de un azul intenso, y allí abajo está la tierra. ¡Dios mío!, qué bello es vivir. Yo quiero vivir, a costa de lo que sea. Seré pobre, seré bueno, amaré a mi mujer, no la engañaré nunca más. Perdonaré, amaré a todos, también a Pedro, que me consta que me odia. Mañana mismo le abrazaré: “¡Hola, Pedro!”, le diré. ¿Mañana? No, hoy mismo. Desde este mismo instante lo prometo, cuando el avión toque tierra habrá nacido un hombre nuevo. Gozaré de todos los pequeños instantes de felicidad. Contaré los minutos, los segundos y daré las gracias por vivir. ¿A quién? A Dios, naturalmente. Sí, existe Dios, tiene que existir. ¿He dudado alguna vez? Sí, es cierto. Pero ahora creo, creo, creo... A mis labios acuden en tropel y con dificultad algunas palabras que no logran hilvanar una oración

completa... El avión ha tocado ya con sus ruedas la pista de aterrizaje y aminora la velocidad. ¡Viva!, grito. ¡Viva! Todos gritamos algo. Una señora gruesa me abraza. Algunos palmotean. Es un buen momento para besar a la azafata. La gran ocasión. Me enfundo el gabán. Estoy pletórico. ¿Dónde están los pilotos?, pregunto enérgicamente. Quiero una explicación, exijo una explicación. Me quejaré a la Compañía. No viajaré más en sus malditos aviones. Les romperé la cara a sus consejeros. Lo contaré a todos mis amigos. Con las vidas humanas no se juega. Imbéciles. Mañana formularé la oportuna reclamación. ¡Sin contemplaciones! ¡Caiga quien caiga!

## El fusilamiento

---

¿Era válida, resultaba moralmente lícita aquella manera que tenía el Coronel P. de divertirse con los prisioneros? Ciertamente era que los días resultaban eternos en aquel páramo, donde el sol apretaba sin piedad, que el Coronel P. se aburría en extremo y deploraba el hecho de que en la capital no se ocuparan de su anhelado traslado (el día que lo solicitó besó la carta, antes de enviarla) y que tampoco la vida de aquellos reclusos tenía gran importancia... pero hay bromas que pasan de la raya. Por ejemplo, el fusilamiento "acuático". Llamado así por el Coronel P. El primero que soportó la broma se murió del susto. Todo consistía en sacar de la celda a un prisionero escogido al azar, colocarlo en el paredón frente a un pelotón de ejecución, vendarle los ojos para que no viera el truco y gritar "¡Agua!", en lugar de "Fuego". De los fusiles no salían balas, ni tan siquiera perdigones, sino sendos chorritos de agua, al igual que en ciertas pistolas de juguete. La broma dejó de ser tal cuando, con su repetición, harta numerosa, los reclusos se enteraron y dejaron de asustarse. Lo malo fue cuando el Coronel P., dispuesto a seguir la broma hasta el final, gritó "fuego" un día y los fusiles vomitaron balas. El desgraciado recluso, que se sintió más listo y bromista que el propio Coronel P., murió en traje de baño, con los ojos redondos como platos, víctima de la sorpresa...

## Un marido

---

Soy enemigo de la injusticia. Me lo repito todos los días ante el espejo, en el cuarto de baño. Mi protesta ante una situación injusta no tiene límites... Perdón, los tiene. Lo admito noblemente. No soy capaz de arrodillarme en medio de la calle, rociarme con gasolina y prenderme fuego. Soy tímido, vergonzoso y mis alaridos de terror provocarían ciertamente la atención de todos. No me gusta llamar la atención. Hay otras maneras, otras formas. "Clic", la radio que deja de hablar. Resulta más difícil hacer lo mismo con el televisor. Mi familia protesta. Y entonces ¿qué puede hacer uno? Un amigo mío no soporta que nadie le contradiga. Su negativa la respalda con violentos puñetazos en la mesa, estrella botellas, vasos y platos contra la pared. ¿Sería yo capaz de hacer lo mismo?, me dije un día. ¿Por qué no? Y estrellé una jarra contra la pared. Estábamos todos sentados, ocupando un tresillo y el locutor decía estúpideces. Hecha añicos, los cristales se esparcieron por la habitación. "¡Recoge!", dijo ella, con voz seca y autoritaria. No tuvo la más mínima consideración hacia mi persona, hacia mi dignidad de padre. Delante de nuestros hijos tuve que recoger, uno por uno, todos los trozos de la jarra, arrodillado... Al estirar el brazo para recoger un trozo de cristal alejado, mi hija protestó: "Papá, agacha la cabeza que no me dejas ver..."

## En el desierto

---

A ochenta kilómetros de Tobruk, en el desierto del Sahara, se encontraban Mass y Moss. ¿Habría petróleo aquí?, había dicho Moss un día de abril lluvioso a las cinco de la tarde, en la terraza de un café próximo a la casa de Mass, en París. Y con los ahorros de Mass se trasladaron al punto exacto señalado por Moss con el dedo índice en el mapa de Africa, que el camarero, amigo de Mass, les había prestado. Con la ayuda de cinco indígenas, comenzaron a agujerear la arena. Moss lloraba mientras cavaba y decía: “¡No me importa el petróleo!” Mass le recordaba que el dinero lo había puesto él. El calor era sofocante. De pronto una detonación rasgó el aire. Un indígena cayó muerto. Quiso decir algo antes de caer a tierra, pero se aturulló y dijo: “Bramacalaba...”, que no significa nada. Moss y Mass cogieron prestos sus fusiles, dándose espalda con espalda, decididos a vender por un precio bastante razonable sus vidas. Los restantes indígenas vivos, llorando y temblando se habían arrojado al suelo y no se movían. No se veía a nadie. Las dunas. La arena interminable. Un silencio angustioso que sólo era roto por el “glu—glu” del petróleo al salir a la superficie.

Llegó la noche. Mass y Moss seguían en la misma posición, pero con los riñones doloridos. Los indígenas, aprovechando la oscuridad, habían decidido huir y dejarles solos.

Llegó el día. Mass y Moss seguían rígidos en la misma posición, aferrados a sus fusiles. De pronto oyeron unos gritos terribles, espantosos y al cabo de un rato vieron un espectáculo pavoroso. Los cuatro indígenas que habían huído aparecieron tras la duna y con paso vacilante pasaron delante de ellos, a muy escasa distancia. No tenían ojos, ni manos, ni nariz, ni orejas... Sangraban como cerdos. “¡Matadnos! ¡Matadnos! ¡Queremos morir!”, gritaban desgarradoramente.

Moss, compadecido, se aprestó a disparar sobre ellos. Mass, agarrándole por una mano, se lo impidió, mientras decía: “¡No puedes hacerlo!” Y le dijo algo muy bajo, al oído. Moss bajó el fusil, preso de terribles remordimientos y angustias. Los desgraciados se perdieron entre las dunas.

A las dos horas del incidente, les atacaron los “tuaregs”. Mass y Moss lucharon hasta el final. Moss cayó con un balazo entre los ojos. A Mass le golpearon en la cabeza, por la espalda, mientras trataba de cargar de nuevo su fusil...

Media hora más tarde, ya recobrado el conocimiento, Mass, ciego, chato y manco, gritaba desgarradoramente, solo, en medio del desierto: ¿Moss, dónde estás? ¡¡Moss, es preciso que me mates...!!

## El voto

---

¿Qué recuerdo de mi padre quedará más fijo en mi mente? Cierta vez intentó acabar conmigo, presa de una rabia incontenible por un plato de garbanzos que me negué a comer. Lo intenté varias veces, pero terminé vomitando. Con los años aquella situación se ha convertido para mí en algo afectuoso y entrañable. Nunca le he dado motivos para sentirse orgulloso de mí. Y, sin embargo, me quiere. Lo supe el día que se lo llevaron, en una camilla, a la sala de operaciones quirúrgicas. Estaba en juego su vida y había tanto miedo a la muerte en aquellos ojos, tanta ternura contenida hacia mí, que quise formular un voto solemne en cuanto desapareció tras las puertas del largo corredor del hospital. ¿Pero qué podía prometer yo? Limosnas, vestir un hábito color violeta, caminar descalzo, o de rodillas, un kilómetro..., ¡diez kilómetros!, quemarme con una cerilla el dedo meñique... ¿Cuántos segundos soportaría el dolor? Mucho tiempo debió transcurrir enfrascado en estos argumentos. Una mano colocada con dulzura en el hombro, la del cirujano, vino a resolver todas mis dudas: “Siento comunicarle que su padre ha muerto”.

## Una carta

---

Querida mamá:

La primera etapa del viaje la cumplimos sin novedad. Cuando llegamos al hotel, él me dejó y se fue a dar unas vueltas por la ciudad, para los dos desconocida. Quería despejar la cabeza y tranquilizarse. Al quedarme yo sola, sentada en la cama, sin saber por qué, comencé a llorar. Después rápidamente me desnudé, apagué la luz y me acosté. Me introduje tanto entre las sábanas, que desde fuera creo que no se me veía ni tan siquiera un pelo... Cuando él volvió, no quiso encender las luces de la habitación. Sólo sé que, arrastrando sus pies, me preguntó muy quedo: “¿Estás ahí, Ermelinda?”.

Bueno, perdona, mamá, pero a pesar de tus deseos no quiero seguir contándote esas cosas que a ti tanto te gustan. Ya no se trata de mí sola, sino también de mi marido... ¡Qué extraño suena a lo primero!, ¿verdad? “Mi marido”. Hace unos pocos años me hubiese parecido ridículo nada más el oírlo: “Te presento a mi marido”, y nos hubiésemos reído a carcajadas. De todas maneras, ahora que estoy muy lejos, podría contarte muchas confidencias, muchos secretos, muchas cosas que hasta ahora nunca me había atrevido a decírtelas cara a cara. Podría contestarte a ese reproche tuyo, constante, diario: “Pero, ¿por qué te casarás con un tranviario?”. Compréndelo, madre, yo no quería quedarme soltera. Siempre me repetía interiormente lo mismo: “Quiero tener un hogar, unos hijos, una persona, un hombre a mi lado que me quiera un poco, un poquito solamente, porque entonces yo le amaré con toda mi alma. Pero ¿dónde está ese hombre, Dios mío? ¿Por qué no viene a mi lado? ¿No sabrá que yo todos los días rezo por él?”. Y vino Humberto, que es tranviario y sabe tocar la campanilla de su tranvía como nadie, dulcemente, “tin—tin...”. Mamá: ¿no sabías que yo, en la cama, al apagar la luz y quedarme en la habitación sola, solía llorar y

tenía que apretar fuertemente mi boca contra la almohada para que no oyese mis sollozos...?

## Lllaman a la puerta

---

Lllaman a la puerta y abro: “¿Vive aquí fulano de...?”. “Soy yo”. Es un individuo uniformado y con gorra de plato el que me ha formulado la pregunta. Es media noche y estoy en pijama. Silenciosamente, en medio de mi estupor, me va entregando un uniforme, un casco, una cantimplora y un fusil. Ya en la escalera, camino de la calle, me dice, a manera de despedida: “No se olvide. Mañana, sin falta, a las diez de la mañana. Pertenece a la IV Agrupación. Tráigase un bocadillo. Es una recomendación particular...” Desaparece ante mi vista. Mi asombro no tiene límites. “¿Quién era?” —pregunta mi mujer desde la alcoba. “Nadie. Un pobre”. Tengo que actuar rápidamente. Oculto todo lo entregado en un armario trastero. Luego enchufo, mientras silboto una cancioncilla de moda, la radio. Se ha suicidado una conocida actriz. Nada. Una barcaza se ha hundido en el mar del Japón, ahogándose doscientos nipones. Nada. Durante el resto de la noche no logro conciliar el sueño. Veo a todos los componentes liquidando sus bocadillos. De pronto, un silbido. Un horroroso estruendo. Me estremezco. “¿Te pasa algo?”, pregunta mi mujer. “No”, respondo. Ahora, en el campo, veo montones de trozos de papel grasiento, único testimonio del sacrificio de unos hombres en aras de... ¿De qué? Oigo ulular una sirena; no hay pan... No puedo más. Me tiro de la cama, abro la ventana que da a la calle y me pregunto: ¿Por qué? Mi pregunta resuena extraña por las calles vacías, mientras la desesperación me corroe. ¡Quiero!, ¡¡exijo!!, ¡¡¡pretendo saber por qué!! Y mi grito desgarrador solamente ha servido para asustar un poco a un gato ladrón que merodeaba entre los desperdicios de los cubos de basura depositados en el borde de la acera. Mi mujer me agarra desesperadamente del pijama y me arrastra al lecho conyugal, mientras comienzan a iluminarse las ventanas de algunos vecinos.

## El hijo perdido

---

¿Será él? Veinticinco años habían transcurrido desde su última carta fechada en el frente. “Mamá, tengo miedo y me siento muy solo...”. Confesiones inoportunas que solamente servían para acrecentar el dolor de sus padres. La noche que murió reclamó su presencia en vano, cientos, miles de veces... Nadie le oyó, murió desangrado en tierra de nadie, en el anónimo más absoluto, con los intestinos al descubierto, por culpa de la metralla. Y ahora, un comunicado oficial les invitaba a trabar conocimiento, a examinar a un prófugo cuyas características físicas y ciertos detalles le significaban como presunto hijo... ¿Será él? No pudo conciliar el sueño en toda la noche. Duerme, mujer, mañana se verá. Para él era lo mismo. La vida no tenía ningún aliciente. Y no pensaba llorar más. Lo importante era no pensar. Los ojos fijos en el televisor, en los periódicos. Ahora ¿qué significaba el retorno? El tiempo es traicionero. Un rostro inexpresivo, escaso pelo, demacrado... ¿Era él? Lo examinaron de arriba abajo, incluido el dedo meñique. “Mi hijo tenía el dedo meñique de la mano izquierda torcido. Se lo rompió jugando al fútbol y tuvo mal arreglo...” Aquel individuo tenía un dedo meñique normal. Su única anormalidad la constituía su ceguera provocada por la guerra química. Una gran contrariedad, desde luego. La mujer se dio por vencida, y el marido se sintió liberado. La despedida resultó un tanto embarazosa. “Adiós”, musitó ella, sin atreverse a tocar aquellos brazos que intentaban asirla. Una vez en la calle, la mujer tuvo un momento de vacilación... Se detuvo. “Estoy recordando que no era el meñique de la mano izquierda. Y no me he fijado en su mano derecha...”. “Vamos, mujer, vamos”. El marido la empujó suavemente hacia adelante y lentamente la pareja dobló la esquina...

## Ante el altar

---

¿Quiere usted por mujer a María de Tal y Tal? —me pregunta el sacerdote. Me mira fijamente, como si sospechara la verdad. “Sí, claro, ¿por qué no? Es natural que después de venir hasta aquí...”

Pero las palabras quedan clavadas en mi mente. Todos esperan un “Sí”, rotundo y claro también... y lo dije. Soy cobarde. Cientos, miles de veces me repetía a mí mismo: “Mañana se lo digo”. Pero al día siguiente me callaba. No soporto las escenas patéticas. Ni el llanto. Basta con tanta comedia. ¿Qué sabemos del amor? Se ama al prójimo por amor de Dios, pero ¿quién es capaz de amar al prójimo simplemente por amor al prójimo? Si a uno le abofetean en una mejilla se le recomienda presentar la otra como medio infalible para conseguir la felicidad en la otra vida. Pero ¿quién es capaz de decir “gracias” una vez recibido el segundo bofetón? ¿Quién? Durante el resto de la ceremonia no fui feliz por culpa del sacerdote...

## Robinson

---

Una columna de humo se perfiló en el horizonte. Robinson no daba crédito a sus ojos. Diez años llevaba viviendo en aquella isla, perdida en el océano y alejada de todas las rutas marítimas. Y sin nadie que le acompañara en los largos días de soledad. Le llamaré “lunes”, se repetía a sí mismo para darse valor, esperando en vano la llegada de un criado negro, como él creía que sucedía en estos casos. Mejor dicho, “martes”. Dos años más tarde, pensó en llamarle “miércoles”. Tres años más tarde admitió que bien podría llamarse “jueves”... hasta que la columna de humo proveniente del gran barco, que ya se divisaba en lontananza, le hizo olvidar la cuestión... Su barba era muy abundante y larga. El barco, no cabía duda, se dirigía hacia él. Se detuvo junto a la isla. Arriaron un bote y unos marineros con vigorosas y rítmicas paladas acercaron hasta la orilla a un oficial que con las bajeras del pantalón dobladas hasta la rodilla y los zapatos en la mano se introdujo en el agua, haciendo un gesto muy expresivo de encontrarla muy fría. En tres zancadas se presentó ante el naufrago, le saludó marcialmente e inquirió, mostrándole un arrugado pergamino: “¿Ha escrito usted esto?”. El pergamino decía: ¡Socorro! No, él no había escrito nada. No tenía pluma, ni papel, ni una botella, por supuesto. “Lo siento”, exclamó el oficial, y girando sobre sus talones, volvió a meterse en el agua. Dio un saltito al paso de una ola minúscula y subió de nuevo al bote, ayudado por un marinero. Mientras la embarcación se alejaba presurosa, camino del navío, el oficial agitaba la mano saludando cariñosamente al forzado Robinson. No acertó a pronunciar palabra alguna... Se le trabó la lengua. Habían transcurrido demasiados años. “No es posible...”, fue lo único que acertó a decir, cuando ya el barco se perdía en la raya infinita del horizonte. Pero nadie le oyó...

## Salustiano

---

Me pregunto si sería capaz de suicidarme. Soy feliz, no tengo un motivo... Se vuelca mi automóvil. A duras penas logro salir de entre las llamas y el humo, forzando la portezuela e impotente y desesperado asisto al horrible final de mi mujer e hijos. ¿Entonces? En cierta ocasión me asaltó una angustia tan irracional y deprimente que llegué a la conclusión de que tenía que poner fin a mi vida inmediatamente... Pero me tropecé con Salustiano, que me contó su vida: hechos vulgares, pequeñas tragedias, mediocridad, tristezas... Le escuché en silencio y me estrechó la mano al despedirse. “Sé que no volveremos a vernos”. Fue inútil que protestara reiteradamente. Salustiano insistió. A partir de aquel momento leí los periódicos, ávida, ansiosamente... Tras él iría yo. Mis razones eran más poderosas. Inútil. Las crónicas de sucesos no daban noticia alguna al respecto. Bien es cierto que los cadáveres, me repito a mí mismo, tardan varios días en salir a la superficie y flotar. Un vientre horriblemente hinchado y una piel blanquísima. Así vi al primer muerto de mi existencia y luego a mi tío. Por culpa de la hidropesía —“vida de primera y entierro de tercera”, era su lema—; le pincharon el deforme vientre. “El año que viene...”, planeaba el inconsciente, mientras el líquido salía y con él la vida... A no ser que se hubiese atado una piedra al cuello. Cabía esa posibilidad, tratándose de Salustiano...

## Estampa veneciana

---

Nadie me moverá de aquí. Es inútil que roguéis, que lloréis, que supliquéis. Me quedo aquí, en el *Campanile*. Sopla el viento con fuerza y resulta difícil echar un vistazo al panorama con tranquilidad. El ascensorista se ha ido, dejándome solo. Me ha mirado con suspicacia, al igual que el encargado de venderme los billetes cuando le he insistido en que me descontara el servicio de bajada del ascensor (siempre he sido un hombre práctico). Pero yo no quiero morir. Por eso estoy aquí. Luego, cuando el agua les llegue a las rodillas, querrán hacer lo mismo, pero será ya tarde. La muerte está siempre aquí presente. Presenció la recogida de cadáveres, cuando vino el tornado a traición. Los turistas escuchaban “Torna a Sorrento” en la plaza de San Marcos, rodeados de las palomas, que toman la píldora anticonceptiva, suministrada por el Municipio. Tú también debiste haberla tomado, amor mío. Ahora sus sollozos nos impiden dormir y unas profundas ojeras se incrustan en tu rostro. Vendrá la muerte y tendrá tus ojeras. Pero los sesenta pasajeros del *vaporetto* no la presintieron porque llovía y cerraron las ventanillas y puertas. “Cerraron su propio ataúd”. Esto lo decía un superviviente a un grupo de periodistas, rodeados por un buen número de curiosos, entre los cuales me encontraba yo. Sus ropas, sus cabellos estaban empapados por el agua, y no me cansaba de mirar a una persona que había visto a la Muerte. Se fueron todos y el hombre se sintió embarazado ante mi silenciosa presencia. Se dio la vuelta y comenzó a caminar. Unos metros más adelante me miró furtivamente, temeroso. Hubo personas que aquella noche hicieron el amor, porque no se enteraron de nada. Al día siguiente lo decía a toda plana // *Gazzettino*. Suena bien, ¿verdad?, // *Gazzettino*. Terminaremos todos huyendo o muriendo, como los del *vaporetto*. Por eso he subido al *Campanile*. Yo no huyo. Quiero ser el último. Soy un capitán que no abandona la nave. Cuando el agua me llegue al cuello no haré ningún gesto. Además, resultaría inútil. Y es posible que salga en los noticiarios televisivos.

Agitaré una mano a la cámara emplazada en el helicóptero. Y pudiera ser que una paloma permanezca sobre mi cabeza y si así no fuera, bien podría prepararse de antemano la escena, colocándome unas migas de pan entre los cabellos...

## En el “metro”

---

Una avalancha ha plantado ante mí a un cura. (“Un sacerdote”, como diría mi mujer). Joven, enjuto, con gafas. ¿Igual que yo? No, mejor, tiene que ser mejor, casi un santo. La Sociedad, la Comunidad, nosotros, les exigimos que sean santos, absoluta y totalmente santos. Yo pago mis impuestos, luego exijo. Está ante mí. El convoy se pone en marcha. Cada movimiento suyo, cada uno de sus gestos, caen bajo mi mirada implacable y despiadada. ¿Será posible que se esté apoyando en mí? ¡Él, que debe ser casi un santo! Es cierto que el movimiento del convoy se ha hecho muy acentuado, dada la velocidad que ha adquirido, pero no es posible que él se apoye en mí. Los otros pueden hacerlo. Son hombres. ¡Pero él...! No, no se apoya en mí. Hay que reconocerlo. Se ha agarrado a un asidero y procura no moverse. Diría casi que no respira, para ocupar menor sitio. Coincidimos en la misma parada de estación. Yo voy tras de él. Soy como un espía de la Sociedad, de la Comunidad. Soy su censor. Su testigo oculto. Llegamos junto al letrero de la salida que dice: “Por favor, depositen sus billetes aquí”. El sacerdote mete su mano en el bolsillo de la sotana, extrae su billete... Por un momento he pensado que el billete iba a caer al suelo. Dada la velocidad que imprime a su cuerpo..., pero no, el billete ha caído en su lugar preciso. Continúo observándole, le sigo. Le queda otra difícil prueba. Ahora, justamente, camino tras él. Pocos centímetros nos separan. Abre la puerta. ¿La dejará sin mirar atrás? ¿Sin percatarse de un posible prójimo que puede ir tras él? No. Ha mirado hacia atrás y ha sostenido la puerta giratoria hasta que yo me he hecho cargo de ella. Ha subido las escaleras apresuradamente, y ya en la calle, su figura se ha perdido entre la muchedumbre... ¡Estos curas! (sacerdotes, como diría mi mujer) ¿por qué tendrán siempre tanta prisa? La rabia me ha dominado varios minutos.

## Una muerte

---

Cuando entré a verla aún hablaba con pleno conocimiento. Se daba cuenta de lo que sucedía, estaba muy nerviosa, rezando con el rosario que tenía entre sus dedos. A mí me reconoció, me quiso hablar, intentó decirme algo, pero no podía. No se le entendía lo que decía, aún podía ver y no hacía más que mirarme... Dio un gran suspiro y falleció. Miré al reloj. Eran las doce y treinta y dos minutos. Lo anoté en mi agenda. Mis hermanos lloraban y María se abalanzó al lecho, diciendo “¡Madre!”. “¡Compórtate!”, objeté.

## La aparición

---

Paseaba solo por el monte, en un terreno solitario, y repentinamente experimenté una extraña sensación. El viento movía los árboles y creí desvanecerme. ¿Serán éstos los momentos previos a una aparición milagrosa? Un estremecimiento recorrió mi cuerpo. Podía echar a correr, pero permanecía quieto, clavado en el suelo. Mentalmente repasaba las preguntas que le formularía, las entrevistas que posteriormente me harían en la televisión y en los periódicos, lo mucho que podría obtener con una entrevista en exclusiva, y las posibilidades de venta del agua milagrosa, previamente embotellada. ¿En qué lugar exactamente surgiría el chorro? Por un momento llegué a pensar en la posibilidad de pedirle... me da vergüenza decirlo. Empieza por p... Una nube negra ocultó el sol por unos momentos e intuí que toda posibilidad me había sido denegada. Lentamente, perezosamente, reanudé mi camino... De todas las maneras los negocios petrolíferos resultan muy complicados.

## Un extraño impulso

---

Amo a los pobres, quiero a los pobres, ayudo a los pobres. Espero que Dios lo tenga en cuenta. Mi vecino no los ama, no los ayuda. Me consta. Le espío a través de la mirilla de la puerta. Balbucea unas palabras, pero no les da nada. Un día, al cerrar la puerta, uno de ellos escupió... Ha de saberlo. Es justo que lo sepa... Le escribiré una carta anónima. Pero ¿no me traicionará la mirada cuando alguna vez coincidamos en el ascensor? Siempre he tenido que luchar en la vida contra estos impulsos. En Ostende hube de rendirme a ellos. Me sucedió en el paseo marítimo, junto al Kursaal, en una noche invernal. El viento arreciaba y una figura inmóvil se recortaba a la luz de las farolas. Era yo. Me invadía una infinita tristeza. Al morir, mis ojos añorarán aquel lugar, situado a miles de kilómetros de mi presunto lecho de muerte. Cuando llegue la hora postrera, me pondré mi mejor pijama, el de rayas verdes y blancas, y aguardaré... Anhele una espera larga, que me permita repasar los escasos momentos felices de mi vida. Será la única manera de que, después de mi muerte, la comisura de mis labios delate una felicidad interior que nunca existió en mí, pero me satisface imaginar que, al menos, suscitaré envidias... Al dirigirme al hotel, por las desoladas calles, una puerta me sugirió un extraño impulso... Miré en derredor furtivamente. Nadie. Arremetí contra ella. Dos tremendos puntapiés resonaron en la noche. Eché a correr... Ante la puerta del hotel me detuve unos instantes para controlar mi respiración y sofocar el jadeo. Pedí la llave de mi habitación al conserje con gran naturalidad. Al día siguiente partí. Ahora, a miles de kilómetros, suelo recordar el hecho de vez en cuando. ¿Lo achacarían a un bromista, a un fantasma, tal vez? Lo comentarán con cierto temor al acostarse y apagar la luz.” ¿Volverá a suceder esta noche?” En el confesonario una voz susurra: “Quizá haya sido un aviso de Él. Recen, recen todos los días...”.

## Un desembarco

---

Se aproximaron a la costa unos grandes buques de guerra y durante siete días estuvieron disparando enormes proyectiles que fueron a estallar junto a la orilla. A continuación, hicieron su irrupción rápidas lanchas anfibas, que abrían sus compuertas y vomitaban centenares de soldados armados hasta los dientes. Las bombas no cesaban de estallar junto a la orilla. Un oficial con muchos galones y un pequeño revólver, gritaba a los buques: “¡Idiotas, más allá!”. Pero los buques de guerra seguían disparando imperturbablemente contra la orilla. Los soldados caían como moscas. Otro oficial dijo: “¡Al ataque!”, pero en el momento de echar a andar, se aturdió, tropezó y cayó al suelo. El resto de los soldados que le seguían, indecisos, se echaron asimismo al suelo. Uno comenzó a llamar a su madre. Otro gritó “¡traición!”, al ver que su compañero caía muerto con un tiro en la espalda e increpó duramente a otro por su descuido. Al final todos se retiraron en desorden, exclamando: “¡Volveremos!”. Mientras, en el buque— insignia, el almirante, consultando detenidamente los mapas, exclamó sencilla y llanamente:

— Nos hemos equivocado de orilla. Es la de enfrente...

Y con voz un tanto enérgica, gritó: — ¡Adelaaaaaaaaaaaaaaaaante...!

El dedo índice de su mano derecha señalaba un punto imaginario en el horizonte sin fin del Océano.

# Torturas

---

Dejadme en paz. Lo diré, lo confesaré todo. Lo que queráis. Habéis vencido. Pero esta derrota la vislumbré muchos años atrás. Era incapaz de soportar cualquier dolor. El dentista, la rozadura del zapato, las inyecciones, los reglazos en la punta de los dedos de aquel fraile de terrible mirada. “Fueron éstos”, le dije, con un sollozo, señalando a dos de mis compañeros. Aquella noche no pude dormir y mi madre no supo por qué. Entonces intuí que jamás sería capaz de sobreponerme a la tortura. ¿Qué queréis saber de mí? Lo diré todo. Pero me habéis roto los dedos, cortado la lengua, quitado los ojos, estrujado los testículos, hinchado el vientre con cientos, miles, quizá, litros de agua... Por lo tanto no puedo hablar ni escribir. Mis palabras resuenan con fuerza en el cuarto de baño. Mi hijo golpea insistentemente la puerta, porque aguarda su turno y yo me apresuro para no llegar tarde a la oficina.

## La silla eléctrica

---

El grupo de personas de severo aspecto se detuvo ante una de las puertas de los calabozos destinados a los condenados a muerte. Un vigilante abrió solícito. Una figura humana se perfilaba en el catre, oculta totalmente por una manta. Al oír el rumor de pasos, asomó justo la frente, un ojo y un mechón de cabellos, ocultándose nuevamente por completo. “¡Vamos, John, no nos hagas perder el tiempo! Sabes que esto nos disgusta tanto como a ti...”. John no se inmutó y el gobernador de la prisión, molesto, tiró de la manta. John, descubierto, se limitó a sonreír... Se irguió de la cama y efectuó unos movimientos gimnásticos. Uno de los vigilantes, visiblemente molesto, no pudo por menos que objetar: “¡Vamos, John, ¿para qué quieres hacer gimnasia?”. John acusó el impacto y de repente lanzó un grito terrible: “¡Mamá!”. Un grito que resonó en todos los pasillos y corredores de la prisión. Un grito al que siguieron otro y otros... Lo llevaron de prisa y corriendo, lo sentaron en la silla eléctrica, le ataron de pies y manos y John se calmó. “Te pondremos la venda, John...”, le aclaró paternalmente uno de los verdugos. John sonrió tristemente. Dos gruesas lágrimas surcaban su rostro. Se hizo un profundo silencio y segundos más tarde el cuerpo de John se estremeció por un momento. Los testigos asistían mudos y graves al espectáculo. Cuando todo hubo terminado, uno de ellos comentó en voz baja con su compañero: “Hasta el último momento esperé que le indultaran. Al menos, en las películas siempre ocurre eso...”.

## En la playa

---

Observo cómo se dirige como una centella hacia la orilla, hacia las olas que se rompen apacible y lánguidamente. ¡Carlos! Pero Carlos no me oye. Carlos sigue corriendo. Sus pies chapotean en el agua. Una ola le moja las rodillas. Carlos continúa corriendo mar adentro. Soy incapaz de moverme. Como si estuviera clavado. Carlos. He evitado adornar la palabra con diez o veinte signos de admiración. Prefiero explicarlo en pocas palabras: mi grito fue profundo, desgarrador, salvaje. Pero Carlos ya no podía oírlo porque había desaparecido entre las olas. Entonces comencé a correr hacia la orilla. Justo cuando el agua comenzó a mojarme los calcetines me detuve. Mis ojos atónitos contemplaron el mar tranquilo, las olas apacibles. Luego giré sobre mí mismo y vi las huellas de las pisadas de mi hijo sobre la arena, que se esfumaban justamente a mis pies. Dentro de poco las olas subirán con la marea alta y borrarán todo rastro. Entre las olas diviso un objeto, la gorra de mi hijo. Las olas, poco a poco, me la traen. ¡No es posible!, exclamo, en un sollozo. No es posible. Y ahora es necesario volver a casa, tratar de explicar a mi mujer el caso, hacerle comprender lo ocurrido, evitar que sus sollozos y gritos escandalicen al vecindario, intentar que la gorra recuperada no la use el hermanito más pequeño, mi hijo menor, porque no podría resistirlo, no podría soportar la visión de una gorra con olor a salitre sobre la cabeza de otro hijo mío.

## En el circo

---

“¡Me he cansado de esta vida! ¡Estoy harta! ¿Por qué no hemos de vivir como los demás? ¿Qué seguridad tenemos ante el futuro? Vivimos en el aire, sin pensar lo que será de nosotros el día de mañana. ¿Te das cuenta, Grock? ¿Te das cuenta...?”. La mujer estalló en sollozos y el silencio reinó durante largos minutos en el camerino. Luego, reanudó el monólogo... “¡Al menos, dime algo! ¡Consuélame! ¡No me mires así!”. Unos golpes discretos sonaron en la puerta y una voz alertó: “¡A la pista!”. El matrimonio Grock, minutos más tarde, en lo más alto del mástil del circo, realizaba una vez más el “salto de la muerte”, ante la mirada asustada de centenares de espectadores. Con una precisión admirable Grock recogió en el aire a su mujer tras haber realizado ésta dos volteretas. Los aplausos resonaron en la gran carpa. Grock aprovechó el barullo para decir a su mujer, allí en lo alto, mientras saludaban: “¡Tienes razón, Ketty, he pensado muchas veces lo mismo! Compraremos una granja y viviremos tranquilos y solos, ¿te parece?”. “Los novios de la muerte”, así les anunciaban los carteles publicitarios repartidos por toda la ciudad, se miraron con los ojos radiantes y sonrieron.

## Último párrafo de la carta de un fascista condenado a muerte

---

“...no quiero insistir más en ello. Creo que resultaría inútil. Desde aquel día que nos miramos a los ojos y preferimos no hablar, me di cuenta de que un muro, mejor dicho, un abismo se abrió entre nosotros. Ahora me espera la muerte y pido a Dios fuerzas, valor y serenidad para afrontarla. Mis compañeros confían en mí y no los defraudaré. No habrá venda en los ojos y sí un pecho descubierto. Yo mismo daré la voz de orden, si el oficial que dirige el pelotón me lo permite. Y mi último grito, nuestro grito, espero que surja de mi garganta vibrante y henchida. Un grito que, sin duda, resonará en el mundo entero y despertará a las conciencias dormidas. ¡Adiós!”.

(Firma ilegible)

Postdata.— Antes de publicarla en los diarios de costumbre y de difundirla por las emisoras de radio, repasadla y corregidla.

## Éxtasis

---

El enfermero del sanatorio psiquiátrico me introdujo en una habitación. “Él lo llama *celda*”, me aclaró. Las ventanas estaban cerradas herméticamente y el sol radiante del exterior no encontraba resquicio alguno. Mi hermano estaba arrodillado sobre un reclinatorio, el mismo que compró estando con nosotros en casa y que hubimos de trasladar al sanatorio cuando el doctor decidió su ingreso aquí. De esto ya hace un año. Hoy me han permitido visitarle. Con los ojos muy abiertos, mirando fijamente a una imagen piadosa que cuelga de la pared y con la única y exclusiva iluminación de una vela, no parece darse cuenta de mi presencia... No me atrevo a interrumpir su soliloquio. En casa lanzaba furiosos denuestos contra su madre, cuando ésta interrumpía sus soliloquios, para anunciarle que la comida estaba en la mesa. El día que se subió sobre ella — cumplía años nuestro padre y había varios invitados— y comenzó a recitar las bienaventuranzas, decidimos, sin más, internarlo. Ahora se ha percatado de mi presencia y me mira. En sus ojos hay lágrimas... “¿Por qué —me dice sollozando—, por qué conmigo se comporta así?” ¿Quién? “Él —me aclara, indicando con un gesto la imagen...—. ¿Sabes? Es terrible tener que confesarlo y admitirlo, pero no puedo soportar más este peso, este secreto... Cuando me habla (su voz es un susurro) tartamudea... Sí, tartamudea. ¡Júrame que no se lo dirás a nadie!”.

# Inquisición

---

La luz de las antorchas resultaba escasa para el lóbrego sótano, y las sombras se proyectaban agigantadas sobre los húmedos muros. Un desgraciado, desnudo y sumiso, exhibía la blanquísima piel y con ojos de terror presenciaba las operaciones de los verdugos, que ataban sus pies y manos a la “rueda de la muerte”. Formalizadas aquéllas, los verdugos se apartaron para dar paso a un inquisidor de terrible mirada y voz ronca. “Por última vez —preguntó—¿Cree en Dios o no cree en Dios?”. El maniatado se mantuvo en obstinado silencio, hasta que un gesto del inquisidor a los verdugos provocó un terrible alarido del primero. Solícito el inquisidor se aproximó al rostro del torturado: “¿Qué me dice?” El desgraciado, jadeando, acertó a balbucir: “Algunas veces sí, otras no... depende”. “¿Depende de qué?” — inquirió con voz terrible el inquisidor—. “No lo sé... Resulta difícil precisarlo. Hay veces en que me siento feliz, arrobado, transportado a los cielos, sin saber por qué, sin causas que justifiquen esa felicidad, y entonces creo. Pero otras veces, también sin saber por qué, deprimido, cansado, harto, generalmente al despertarme, por las mañanas, con mal sabor de boca...”. Aquellas explicaciones, más bien elucubraciones, no parecieron satisfacer en demasía al inquisidor porque irguiéndose y sin dejar de mirar fijamente al acusado, exclamó con un gesto decidido de su mano derecha: “¡Adelante!”.

## La aventura

---

Sonó el teléfono de mi despacho. Era Ana. Me causó gran extrañeza porque jamás me había requerido directamente para nada. Era su marido quien trataba siempre conmigo. Una amistad íntima, fraterna, surgida hacía muchos años, que su posterior matrimonio no truncó ni enfrió. Ana estaba nerviosa, excitada... y yo no supe detenerla a tiempo. Tenía necesidad de desahogarse con alguien. Eso supuse al oír las primeras frases. Luego, la confesión, de improviso, se tornó más íntima, más personal, más alusiva, más directa... ¿Estaba loca? Con cuatro hijos a su cuidado y me proponía una huída... “¡Compréndelo, Ana! No es posible...”. Pero Ana no quiso comprender nada y colgó. Aquella misma tarde hablé con su marido, le conté todo y no pareció sorprenderse. “Escucha —me dijo—, ¿por qué no aceptas?”. Mi asombro fue tan grande que no pude replicar ni decir nada... “Pero si...”. El insistió: “Escúchame con calma. No dramaticemos. Ella necesita una aventura, un escape... Está harta de mí, del hogar, de los hijos... Sus nervios están deshechos. Tú eres mi mejor amigo, tengo confianza en ti... Si no fuera así no me atrevería a decirte que, por supuesto, todos los gastos que ocasione vuestro viaje... —por cierto, ¿a dónde iríais?— los pagaría yo... ¿Qué me dices a esto?”. “No sé —balbucí—. Tendré que consultarlo con mi mujer...”.

## Un accidente

---

El cadáver del niño estaba en la acera, oculto celosamente a las miradas, bajo una manta. Unos policías cuidaban de que los curiosos no se acercaran demasiado, mientras aguardaban la llegada de las autoridades. Muy cerca, una señora lloraba desconsoladamente, gemía, gritaba, sollozaba... “¡Es mi hijo, es mi hijo!”, repetía incesantemente. El conductor del camión, pálido, desencajado, explicaba al agente de tráfico lo sucedido. Llegó un fotógrafo de prensa y se puso a trabajar. El chófer no advirtió el *flash*, continuaba dando interminables explicaciones. La madre seguía sollozando, ocultando el rostro entre sus manos. Las personas que piadosamente la asistían, increparon con gestos mudos al fotógrafo para que se alejara y no la molestara. Pero la mujer, advertida, al ver que el hombre se alejaba, tuvo ocasión de preguntarle, entrecortadamente, a voz en grito: “¿Para qué periódico trabaja usted?”.

## Carta de América

---

He recibido carta de los Estados Unidos de América. Mañana el cartero me mirará con más respeto. Tras haber cenado, la abriremos. María recogerá el mantel. “Doblad las servilletas”, dirá. Yo la doblaré en cuadro, porque mi hijo mayor la dobla en triángulo y su hermana hace un nudo. Y en el silencio de la noche sólo se oye el rasgueo del papel al romperse. “Queridos padres y hermanos...” Comienzo a leer la carta en voz alta, pausada, un tanto monótona... Vive bien. Allí todos viven bien. Tiene automóvil, frigorífico, dice “quiero” y al momento se lo llevan a casa. Luego tiene diez, veinte años, toda una vida, si es necesario, para pagar. He terminado la lectura. Silencio. Mi mujer llora. Yo procuro no pensar en nada. Pero no puede ser: pienso. Me es imposible no pensar en nada. Resulta ridículo, pero veo unas cataratas, las del Niágara, que conozco a través de una película. Mi hijo vive a dos mil kilómetros de las cataratas del Niágara, pero yo le veo tranquilamente paseando bajo el torrente de agua con un paraguas... Ahora mi mujer me preguntará: “¿En qué piensas en este momento?” La pregunta repetida mil veces al día. “Pensaba en las cataratas...” No, me resulta imposible. Inventaré si es preciso alguna historia maravillosa. La última vez me dije: basta. Porque, sin reflexionar, a la acostumbrada pregunta contesté: “Pienso en lo difícil que sería trasladar un ataúd de América a nuestras tierras...” Lloró y me reprochó mis tontas ideas. Pero yo siempre tengo la duda: ¿Subirán los ataúdes a los barcos como los automóviles, con grúas? Tiene que resultar muy extraño ver un ataúd suspendido en el aire...

## Crisis

---

De repente me he percatado de que mi vida se ha perdido, la he perdido para siempre. Y es tarde para volver a empezar. ¿Verdaderamente es tarde? ¿Y si lo dejara todo? Mis ojos inquietos recorren la habitación donde trabajo. Cada objeto, cada mueble es mudo testigo de mis afanes. ¡Escaparé lejos!

¡Lejos de aquí, lejos de todos...! ¿Se puede creer en Dios? Las dudas me asaltan cuando estoy en la iglesia. La gente que me rodea canta a coro, algunos rezan el rosario por su cuenta. Es el momento de la Consagración y se ha hecho un profundo silencio, roto solamente por el “¡pa!” de un niño, que se maravilla del eco estrepitoso promovido por su grito en el ancho ámbito del templo. ¿Y si todo esto fuera un tinglado, un falso tinglado? Mis ojos escrutan a las personas que me rodean...

## Cáncer

---

Quisiera violar a todas las mujeres del mundo. Una por una. Blancas, negras, amarillas, esquimales... Pero temo que mi vida se extinga antes. En cincuenta años de existencia, hasta la fecha, solamente he anotado un nombre en mi agenda: el de mi mujer. Se dice pronto: me muero. ¿Y las funestas consecuencias que acarrea? ¿Y las tristezas que promueve? ¡La muerte, qué responsabilidad! Mi mujer y yo, cuando nos encontramos en el lecho común, ni tan siquiera nos rozamos. Nuestros cuerpos permanecen separados, como nuestras mentes, nuestras ideas, nuestras ilusiones... Yo creía que la muerte venía de repente. Pero ahora sé que no, que no ocurre así, que anuncia su llegada, que se hace esperar, que nos acecha, que nos vigila, que nos susurra al oído ¡pronto!, complaciéndose en molestarnos, en asustarnos... “Pálpese el cuerpo. Toque. Toque. ¿Dónde está ése cáncer que tanto teme usted? ¿Dónde...?” Y la angustia me hace sollozar en la oscuridad del cuarto. “¿Te ocurre algo?”, pregunta la mujer, semidormida. “Nada, nada” A gusto le diría: “Es el cáncer, ¿sabes?”. Al día siguiente me levanto silbando una cancioncilla de moda y salgo a la calle. Le besaría al portero.

## El violador

---

¡Es ése!, exclamó la niña de bucles de oro y ojos azules, con su dedito que apuntaba implacable e inexorablemente a un hombre de mediana estatura, de unos cuarenta años, regordezuelo y con cara de buena persona. De todas formas, nadie se dejó llevar de las buenas apariencias —algunas veces engañan— y se abalanzaron sobre él. El acusado intentó decir algo, pero un puñetazo le rompió tres dientes y le partió el labio. Otro golpe le cerró un ojo y un rodillazo en el bajo vientre le obligó a soltar un gemido. La niña, ante tanta violencia, comenzó a lloriquear, siendo retirada del lugar. Mientras tanto, la justicia, “in situ”, había comenzado a torturar al corruptor de menores que se mostraba callado y sumiso. A lo sumo un gemido..., especialmente cuando le extirparon los testículos. También resultó doloroso el arranque de sus ojos. La lengua, no se sabe por qué, la respetaron. Las uñas no. Le fueron arrancando una a una, tanto las de las manos como las de los pies, así como el cabello. Con unas tenazas le arrancaron las orejas. Y un sádico, con una aguja, se dedicó a introducirse por el ano hasta profundidades tan remotas que todos supusieron —la sangre fluía abundante y negra— que habría llegado a desgarrar muchos órganos y tejidos de su organismo. Ninguno vital, desde luego, porque el violador seguía viviendo. Y es así —llegados a este momento— que los padres de la criatura volvieron presurosamente a la gran plaza donde se estaba llevando a cabo el suplicio para admitir que su niña se había equivocado y que el violador era otro. La gente protestó, los verdugos refunfuñaron y el juez abandonó el lugar acompañando a los padres de la niña al domicilio del auténtico y único responsable del vil atentado. Y el pobre desgraciado, torturado, desangrado, destrozado, roto y medio muerto, sólo acertó a decir... ¿Y ahora, qué?

## Historia bastante atroz

---

La conducta de John Foster resultaba lógica en un buen profesional. “Quiero una oportunidad”, afirmó balbuceando, una tarde de otoño, en el despacho del redactor-jefe de un importante diario neoyorquino. Si un tal García recibió el mensaje en las montañas de Cuba; si Stanley localizó al doctor Livingstone, también él tenía derecho a una oportunidad..., y la tuvo. Partió camino del Pakistán Oriental con una cámara fotográfica bajo el brazo. El horror y la miseria se presentaron implacablemente ante sus ojos. ¿Qué pensó, qué sintió, qué hizo John Foster ante aquella tremenda realidad? Nada supieron de él en el diario hasta varios meses después. Y su ausencia la atribuyeron a la vergüenza padecida por el fracaso en la misión. La escena más trágica, la foto más patética de todo el drama bengalí no era de John Foster. El mundo no olvidará fácilmente el rostro de aquel desgraciado que trataba inútilmente, con sus débiles y temblorosas manos, de frenar la trayectoria implacable de aquella bayoneta calada en el fusil, que esgrimía un militar. Su cuerpo se apoyaba en el de un compañero ya sacrificado y dentro de poco sería un cadáver exangüe... La multitud, curiosa y sonriente, rodeaba al trío... y nadie protestó ante el asesinato atroz. Los reporteros gráficos cumplieron con su deber y solamente John Foster, alejado de todos, vomitó y lloró. Arrojó lejos de sí, furioso, la cámara fotográfica y pensó que la vida no merecía la pena vivirla, que ya no sería el mismo John Foster de siempre y decidió no volver nunca más a Nueva York. Dicen que el tiempo todo lo borra y de tal habitual forma operó en John Foster. A los dos años se presentó en el diario, siendo perdonado y admitido. Ahora John Foster aguarda una nueva oportunidad. No está dispuesto a fracasar nuevamente. Si fuera preciso hablaría con el de la bayoneta, llegarían a un acuerdo económico, trataría de hacer un trabajo “en exclusiva” y cuidaría el enfoque. El de la bayoneta, firme y decidido; la víctima, en el suelo panza arriba, con ojos de terror, y él en la distancia conveniente... ¡Ahora!, gritaría John Foster y el de la bayoneta actuaría

sin vacilar. El “clic” de su cámara coincidiría casi con el “¡hag!” de la víctima. Mirando todo a través de una cámara se siente uno más alejado, más distanciado de la realidad...

## Secuestro aéreo

---

“¡Manos arriba!”, exclamó con voz temblorosa el hombrecillo de voz atiplada y gafas aconchadas. Nadie se inmutó. La azafata le sonrió amablemente al pasar. El avión había iniciado el vuelo horas antes y se dirigía de Nueva York a San Francisco. “¿Pero no comprenden —insistió el hombrecillo, casi con un sollozo— que se trata de un secuestro aéreo?”. El pasajero de su vera, que leía atentamente un periódico, refunfuñó: “Ya estamos..., lo de siempre”. Los demás le miraron con asombro. Algunos con temor. Erguido, encima de un asiento, y sosteniendo en sus manos un revólver, queriendo apuntar a todos no apuntaba a nadie. Casi todos se ocultaron tras los respaldos de sus asientos delanteros y el secuestrador chilló: “¡Quiero verlos a todos!” Nadie se inmutó. “¡Repito que quiero verlos a todos! ¡Cuento hasta tres! Uno ..., dos... y tres...”. Nadie se asomó. Una azafata surgió tras las cortinas que separan habitualmente la clase primera de la llamada turista y le tocó tímidamente su hombro. El hombre dio un respingo y se volvió rápidamente, apuntándola con el revólver. La azafata no se inmutó: “Dice el comandante en qué puede servirle”. Tras los asientos se asomaron los ojos y narices de los pasajeros. “Quiero un millón de dólares y un paracaídas”, exclamó con un rugido el hombrecillo. “De acuerdo —respondió la azafata—, espere un momento”. Desapareció tras la cortinilla, pero antes el hombrecillo añadió envalentonado: “Dígale que estoy dispuesto a todo. Nadie llorará mi muerte, estoy solo en el mundo y tengo cáncer. Los médicos sólo me dan tres años de vida... ¡Y quiero vivirlos a cuerpo de rey!”. Giró su rostro para que todos los pasajeros le oyeran con claridad y esperó. Unos minutos más tarde, tras las cortinillas apareció el comandante de la aeronave. “¿Es usted el secuestrador?”, preguntó obviamente al hombrecillo que empuñaba el revólver. Este, impresionado por la altura y envergadura del inquiriente, afirmó con la cabeza. “Tome. Un millón de dólares. Cuéntelos si quiere. Y aquí está el paracaídas”. El hombrecillo miró los dólares y cogió uno. Lo examinó

atentamente y exclamó: “Perfecto... Y ahora me ayudará a ponerme el paracaídas”. “No faltaba más”, replicó el comandante. Solícito, asistido por la azafata, ayudó al secuestrador a enfundarse el paracaídas. Luego le acompañaron hasta la portezuela de saluda, situada en cola, seguidos por todos los pasajeros. Cuando el comandante abrió la portezuela, el secuestrador, con el rostro risueño, exclamó: “Gracias, muchas gracias...” Y desapareció.

El comandante soltó un suspiro de satisfacción y comentó: “No se preocupen. Vuelvan a sus asientos. No iré muy lejos. El paracaídas que le he dado no funciona y además los dólares eran falsos. La compañía tiene previstos estos casos...”. Cuando aterrizaron, le fue facilitada la identificación del secuestrador, destrozado entre las rocas del Cañón del Colorado: “Cuarenta años. Casado. Con cuatro hijos y esperando otro. Sin empleo y en perfecta salud”. “Típico caso desesperado de un pobre padre de familia”, se titulaba la crónica, insertada en la página de sucesos de los diarios...

## El incinerado

---

¡Me iré! ¡A la India si es preciso!, exclamó fuera de sí, pegando un puñetazo en la mesa, ante la mirada asustada de todos los suyos. Nadie le replicó. En silencio, todos siguieron comiendo. Había comenzado todo a propósito de un panteón. El periódico insertaba un anuncio por palabras comunicando la venta de uno en el cementerio más importante de la ciudad. “De particular a particular”, decía. Su mujer, al leerlo, emitió un profundo suspiro. Anhelaba disponer para toda la familia de un digno, amplio y confortable panteón..., pero ¡eran tan caros!. Un día, inevitablemente, fallecería algún miembro de la familia... ¿y dónde sería inhumado? Doña Águeda estaba convencida, además, que sería la primera en “ser llamada por Dios”. Se había hecho tanto a la idea, que también daba por descontado cuál sería la causa de su muerte: el cáncer. “Todos mueren de cáncer”, aseguraba constantemente. Cuando alguien le confiaba que iba a ser operado de apendicitis —un ejemplo—, doña Águeda añadía siempre: “No se fíe... a lo peor es cáncer. Los médicos nunca nos dicen la verdad...”. No albergaba duda alguna de que el cáncer estaba hace tiempo instalado en sus entrañas. Cuando las señoritas postulantes se le acercaban en el Día de la Lucha contra el Cáncer, solicitando un donativo, con las habituales palabras “Para el cáncer”, doña Águeda respondía sonriente y ausente: “Gracias, ya lo tengo...”. Su marido, pacífico y bonachón sufría con esta manía de su mujer. Por otra parte, no estaba dispuesto a invertir parte de sus ahorros, bien sudados por cierto, en un panteón... Siempre daba largas al asunto. Hasta que un día descubrió la existencia del incinerador. ¡Ya estaba todo solucionado!, pensó. Pero no reparó en el gesto de su mujer..., porque a doña Águeda no le agradaba en absoluto la idea de ser incinerada. De nada valieron las argumentaciones de su marido: “Con el dinero que te den por mis ojos y los riñones, tendrás para una buena incineración”; “No te quedarás sin ningún recuerdo: entregan una caja con las cenizas”; “No huele mal el cadáver al quemarse: adoptan las medidas necesarias”;

“Usan butano”, etc. Inútil, era inútil y es así que, no pudiendo contenerse más, harto de tanta incompreensión, fuera de sí, trajo a colación la India...

## Martirio y muerte de nemorino

---

Un silencio expectante se apoderó del circo romano. Miles de gargantas enmudecieron. Se abrió la compuerta y se oyó un gran rugido proveniente del interior de la galería. Unos soldados introducían sus lanzas a través de unas aberturas verificadas en la parte superior... Evidentemente, la fiera no quería salir al exterior. Fuera, en el círculo central, un grupo de cristianos, acurrucados, temblorosos, se apiñaban en torno a un anciano de barbas venerables y rezaban. Finalmente, el león surgió del fondo del túnel, siendo recibido con una clamorosa ovación. Ante aquel griterío se detuvo. Después, su mirada se posó ante el grupo de cristianos, que permanecía quieto e inmóvil. De un enérgico zarpazo arrojó por tierra a una mujer de unos cincuenta años, que profirió un terrible grito. Luego, el silencio... El resto de los cristianos proseguían sus oraciones, y el león inició su festín, acompañándose de un molesto crujir de dientes. “¿Podía hacerse algo para impedir que esto ocurriera?”, se preguntó Nemorino, rodillas en tierra. Levantó los ojos al cielo y observó que seguía siendo azul, como cuando era niño. El león continuaba su orgía. De la inicial docena de cristianos mártires, sólo quedaban dos: el anciano, que, tembloroso y angustiado, se había postrado de rodillas en el suelo (quizá para facilitarle mejor las cosas a su verdugo, el león), y él, Nemorino. Observó con terror y detenimiento al león, pero, desesperanzado, comprobó que jamás lo había visto antes. Ni, por supuesto, curado diente alguno... Aquel león no le debía nada. De otro terrible zarpazo en la espalda, el león echó por tierra al anciano. Un carrillo y un ojo desaparecieron en el acto en su zarpa, que se relamió con gusto. Con la otra pata mantenía inmóvil a la víctima, que gemía. Después hundió sus dientes en un costado. Todos los intestinos quedaron al descubierto... Nemorino vomitó. Quiso levantarse, pero sus rodillas no le respondieron al primer intento. El león engullía con rapidez uno de los muslos, flácidos y blanquísimos, del anciano. Nemorino recordó a su madre, que de pequeño le decía: “Con este signo

vencerás”. Un grito terrible se oyó en el circo: “¡Madre, repítemelo de nuevo! ¡Es necesario! ¿Comprendes? ¡Es necesario!”. Un profundo silencio se hizo en el circo. Nemorino fue asaltado por un profundo terror. El león se dirigía a él, último superviviente del grupo. Nemorino perdió el control de sí mismo y echó a correr camino de la presidencia. Un primer zarpazo de la fiera le desgarró la espalda, y la sangre salió a borbotones... “¡César, reniego, César! ¿Me oyes? ¡César, reniego! ¡Sálvame! ¡Quiero vivir!...”. No dijo más. El león clavó sus dientes en su hombro derecho y un alarido se oyó en toda Roma. César, con un movimiento de su cabeza, dio a entender a sus súbditos que ya era tarde y que nada podía hacerse. Y arriba, muy arriba del anfiteatro, en medio de la muchedumbre, un ciudadano anónimo confiaba a otro, en voz queda: “Lástima, un poco más que hubiese resistido y hubiera salvado su alma...”.

## Una educación sentimental

---

La pequeña María era feliz. Pese a todo, se sentía muy feliz. Gran parte del mérito correspondía a sus padres. ¡Cuántas lágrimas, cuántos sollozos reprimidos! Pero ante su presencia todo eran sonrisas, atenciones y diversiones. ¡Ironía del destino! Ella, la pequeña María, cuya imagen patética había dado la vuelta al mundo, veía a muy escasas personas, leía poquísimos libros —todos ellos sin ilustraciones de ningún tipo, desde luego— y desconocía la existencia de la convivencia social, del cine, de la televisión...

María no tenía brazos por culpa de los efectos de una droga tomada por su madre durante el embarazo. ¡Cuántos trucos, cuántos recursos tuvieron que inventar sus padres para que no se diera cuenta de su defecto! Todos los que la visitaban se enfundaban en una especie de jerseys y camisas sin mangas y ella los aceptaba en su condición de seres humanos desprovistos de brazos. Iguales que ella. Ignoraba que su padre llegó a colocar, una noche que dormía, el cañón de un pequeño revólver en su sien. Hay algunos momentos en que nos invade la depresión y la desesperanza. Esto llegó a decir el padre de María a su mujer como toda excusa. Y ella lo aceptó porque también tuvo “in mente” la idea de acabar con la dulce, bella y tímida María. ¿Cuántos años habría de durar aquella comedia? A decir verdad, no duró mucho. Cuando un día supo huir de la vigilancia de sus padres y abandonó la habitación interior, de una sola ventana, que daba a un minúsculo patio sin vista ni rastro de vida alguna, que había sido testigo de su despertar a la vida y descubrió la verdad, no dijo nada... Sus ojos quedaron fijos en aquellos niños que en la calle jugaban saltando a la cuerda. Vio aquellos brazos y aquellas manos que la hacían girar y provocaban —casi— unos círculos en el aire. Y cuando, más tarde, su padre llegó ante ella como siempre, con la sonrisa en la boca y el jersey sin mangas enfundado, no pudo por menos que escupirle a la cara, con unos ojos inyectados en

odio. El padre, asombrado, sin saber frenarse ni dominarse, no pudo evitar que su mano derecha, falta de control, propinara una sonora bofetada en el rostro de la niña.

Hasta su muerte, acaecida muchos años más tarde, el desgraciado se atribuyó la total culpabilidad del descubrimiento hecho por su hija. Y la hija, no se sabe a ciencia cierta por qué, tampoco le ofreció el consuelo de decirle un día la verdad...

## El falso maestro

---

Dirigióse el falso Maestro, seguido de algunos incautos discípulos, al pueblo más próximo. Una vez en la panadería, el falso Maestro pidió una barrita de pan... ¡Paga!, ordenó perentorio al discípulo más próximo a él. Este pagó sin rechistar. Una vez en la calle, una turba comenzó a seguirles. ¡Maestro! —exclamó con voz triunfante un paralítico de aspecto andrajoso y desnutrido—. ¡Una palabra, una sola palabra y...! El falso Maestro no pronunció palabra alguna y apartó hacia un lado al inoportuno. La turba se sintió defraudada y empezó a lanzar piedras y guijarros al falso Maestro y sus discípulos, que con las túnicas levantadas hasta las rodillas corrieron cuesta abajo, alejándose del pueblo... Jadeantes y sedientos llegaron hasta un pozo donde una campesina de sano aspecto y atractivo rostro llenaba su cántaro de agua fresca... ¡Dame de beber! —exclamó el falso Maestro—. Como quiera que la campesina se resistiera, el falso Maestro le arrebató el cántaro por la fuerza al mismo tiempo que ordenaba: ¡Ultrajadla, violadla! Una vez cumplida su misión, el falso Maestro y los discípulos llegaron a orillas de un lago. Propinaron una tremenda paliza a un pescador que se negó a prestarles su embarcación y montaron en ella. Una vez mar adentro se desató una terrible tormenta. ¡Maestro, sálvanos, que perecemos!, gritaron los discípulos ante las encrespadas olas, los vaivenes y bandazos de la embarcación... ¿Y quién os ha dicho que yo sea el Maestro? —gritó el individuo con voz de trueno—. Minutos más tarde zozobró la embarcación y perecieron todos sus ocupantes ahogados. Uno de los discípulos tuvo fuerzas, ánimo y valor, antes de ahogarse, para exclamar: ¡Ánimo, Maestro, unos pasitos...!

## Ciudadano agresivo

---

Soy un ciudadano pacífico, amante del orden, enemigo de la injusticia.

Pero cuando me provocan, cuando asisto a espectáculos bochornosos —donde la ley del más fuerte se impone sin causa lógica ni justificada— a situaciones aceptables, a incidentes penosos, donde el débil es fustigado y escarnecido, entonces, una nube roja ofusca mi mente y provoca en mí reacciones insospechadas. Iba yo el otro día, sin ir más lejos, en el “metro”. Eran escasos los pasajeros, pero todos los asientos estaban ocupados. Yo permanecía en pie. En una de las estaciones entró en el vagón una señora en estado *interesante*, muy avanzado... Con esto quiero decir que a simple vista era ostensible su embarazo... Bien, no debía pensar lo mismo aquel tipejo, sentado junto a ella, de mirada distraída. Me puse nervioso... y no pude más. Me acerqué al individuo: —Oiga, usted, ¿es que no se ha dado cuenta...? El individuo parecía no querer entender. Le propiné un puñetazo en la nariz que le hizo saltar la sangre a borbotones. Un hombrecillo sentado junto a él, salió en su defensa... Le propiné una tremenda patada en el bajo vientre, y cayó como fulminado en el suelo. El resto de los pasajeros, asustados, ni se movieron... Solamente la mujer embarazada —y esto me molestó mucho— se atrevió a increparme... No pude resistirlo. Le propiné tal patada en el vientre que será difícil, supongo, que su parto no resulte prematuro... El convoy se paró en la siguiente estación y me fui apretando el paso. Los viajeros se quedaron atendiendo a los contusionados. Al día siguiente, leyendo el periódico, me sorprendió desagradablemente el hecho de que la parturienta había muerto, “salvajemente golpeada por un desconocido en un vagón del metro”. Pero lo más sorprendente era que entre mis víctimas hubiese también un ciego.

*Alonso Ibarrola*